

PRINCIPIANTES

Por Obdulia Bustos.

Relatoría sobre la pieza de
Carlota Mantecón

Relatorías Danza en Breve
2026, LAV-C

PRINCIPIANTES

Por Obdulia Bustos.

Hay cuerpos que han sido expulsados del imaginario de la danza.

Cuerpos lentos.
Demasiado cansados.
Demasiado reales.
Demasiado arrugados.

Quizás hemos aprendido a mirar solo aquello que obedecía a la lógica de la eficacia del movimiento: la línea limpia, la velocidad, el control, la juventud. Mantecón recuerda que, una década atrás, en el momento de mayor reconocimiento de su "cuerpo atlético", comenzó a preguntarse por la presencia, y también por la ausencia, de los cuerpos viejos: esos cuerpos relegados a los márgenes, desatendidos, casi borrados de la mirada colectiva. Principiantes aparece justamente ahí donde ese relato empieza a agrietarse.

Carlota Mantecón reúne en escena a mujeres mayores que no intentan parecer otra cosa distinta de lo que son. Y en ese gesto, aparentemente sencillo, ocurre una pequeña revolución de la mirada.

La pieza no pregunta quién sabe bailar.
Pregunta quién tiene derecho al espacio visible, quién merece ser mirada.

Al comienzo todo parece cotidiano. Entran. Caminan. Se miran. Respiran. Nada parece querer imponerse y, sin embargo, el escenario cambia de temperatura. Como señala Mantecón: "se pretende tener el valor de poner el cuerpo en el principio": situar ese cuerpo real, vulnerable y vivido, antes que la técnica, antes que la representación.

Hay una delicadeza política en la forma en que los cuerpos ocupan el espacio. Nadie compite por ser vista. Nadie acelera para demostrar potencia o virtuosismo.

La potencia aquí funciona de otra manera.

Aparece en el cuidado, en la escucha, en el temblor. Aparece en la fragilidad compartida, en el tiempo sostenido, en la dignidad de unos cuerpos que permanecen y se muestran sin pedir disculpas.

Pienso entonces en todas las veces que el cuerpo envejecido ha sido convertido en ausencia. Fuera de las pantallas. Fuera de la publicidad. Fuera de los escenarios y fuera de la danza. Pero Principiantes hace exactamente lo contrario: devuelve visibilidad a cuerpos atravesados por el tiempo, sobre todo a esos cuerpos femeninos tantas veces desplazados hacia el margen y hacia el olvido. La pieza se convierte así en un homenaje a las mujeres, desde la intimidad de cada existencia hasta la fuerza de lo colectivo.

El tiempo aquí no aparece como decadencia.

Aparece como permanencia.

Aparece como huella visible.

Como memoria.

Las manos contienen biografías enteras. Las espaldas sostienen décadas. Cada gesto parece venir desde un lugar muy antiguo, como si muchos movimientos sólo pudieran existir después de haber vivido mucho. Hay una verdad serena en esos cuerpos: una manera de estar que no necesita demostrar nada.

Aquí todo es reposo, sostén, amor... y también comunión. Una unión silenciosa de mujeres enérgicas, no por la exigencia física ni por el rendimiento del cuerpo, sino por su grandeza, coraje y valentía de sostenerse en la presencia de "ser vistas", a exponerse a la mirada ajena, al juicio, o incluso a esa otra forma de violencia más sutil que consiste en atravesar cuerpos sin realmente mirarlos.

La pieza trabaja desde lo íntimo y desde lo mínimo. No necesita grandes efectos. No necesita espectacularidad, ni ser coreografiada, aquí todas son libres y profundamente gozosas. Como afirman las propias intérpretes: "no hemos aprendido ni un solo paso de baile de Carlota".

El movimiento surge a partir de los inputs de Mantecón, guiados con maestría, con calma y con una escucha atenta hacia todas ellas. Así, cada mujer puede habitar plenamente su cuerpo y tejer entre todas esa "red de energía compartida" como nos explica la creadora.

Poco a poco, el escenario parece transformarse en un lugar donde aún pudiera existir otra temporalidad.

Ver cuerpos que se permiten tardar,
produce casi un extrañamiento.